

 **REY  
DESNUDO**   
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Rix, Robert: *The Barbarian North in the Medieval Imagination. Ethnicity, Legend and Literature*, Nueva York, Routledge, 2015.**

**Alejandro Marinelli**

Universidad de Buenos Aires

*alejandromarinelli@hotmail.com*

*Fecha de recepción: 18/02/2016*

*Fecha de aprobación: 28/02/2016*

**E**ntre los siglos VI y X, cada vez más *gentes* de la periferia pagana de Europa del Norte entran en un largo, sinuoso y conflictivo proceso de incorporación al conjunto de las *nationes* cristianas, en otras palabras, al universo del Cristianismo medieval. Las élites de estos nuevos *regna* cristianos —que pronto incorporan la tradición letrada cristiana y grecolatina/clásica— se encuentran con la necesidad de responder a una doble demanda político-ideológica. Por un lado, conciliar las tradiciones del pasado pagano —tradiciones que continuaban siendo apreciadas por la élite, y consideradas dignas de ser preservadas—. Por el otro, procurar una legitimidad para el nuevo *regnum* a través de una historia de los orígenes (*origo gentis*) que explique la inclusión de la nueva entidad política dentro del conjunto de las naciones cristianas, y que a la vez la diferencie de sus vecinas y contemporáneas.

El propósito de Robert Rix es el de establecer una genealogía y una taxonomía de estas historias y leyendas de los orígenes. Investigar los mecanismos que intervienen en estas narraciones,

que cumplen una función a la vez política y cultural, y las formas en que sus creadores escogen elementos de las diferentes tradiciones —escritas y orales, latinas o vernáculas, clásicas o medievales— a su alcance y los combinan o aun modifican de considerarlo necesario para elaborar las historias de las naciones con cuyo destino político están comprometidos. A la vez, el autor se ocupa particularmente de la evolución histórica de un tópico común a las narraciones relevadas: la leyenda de los lejanos orígenes en Escandinavia —que Rix llama *Out-of-Scandinavia*—. El autor se pregunta por qué Escandinavia, y encuentra su respuesta en un contexto histórico en el que se impone la necesidad ideológica de diferenciarse de Roma y de rastrear los propios orígenes hasta un mundo nórdico que es imaginado, cada vez más, como un polo opuesto al mundo mediterráneo y a la vez un reservorio de virtudes “naturales” —de acuerdo con una etnografía clásica que desde Heródoto hasta Tácito contrapone el vigor natural de las gentes del norte a la decadente debilidad de los pueblos del sur—.

En el primer lugar, el autor analiza la *Getica* de Jordanes, un texto que alcanzó gran difusión y popularidad entre las élites letradas de los *regna* de la Europa septentrional durante el período medieval temprano. Es en este texto donde aparece por primera vez con claridad la leyenda de los orígenes escandinavos en la *insula* de *Scandza* para los godos a quienes Jordanes (él mismo de origen godo) quiere presentar de forma positiva ante un público receptor vinculado a la corte imperial en Constantinopla. Ya en este temprano texto —de mediados del siglo VI— pueden verse en acción todos los mecanismos que a Rix le interesa estudiar, mecanismos que Jordanes pone en funcionamiento para poder utilizar diferentes elementos tomados de la tradición letrada grecolatina (que afirma haber repasado con exhaustividad) en la construcción de un texto que presenta una intencionalidad político-ideológica clara, relacionada con el contexto histórico en que el libro fue producido: elevar ante la consideración de los lectores romanos a unos godos cuya alianza se propone como la mejor solución —por sus virtudes marciales y morales— frente a las graves dificultades de política exterior que afectan al Estado oriental. Jordanes pone en movimiento toda la tradición geográfica y etnográfica clásica, desde Plinio y Tácito hasta Ptolomeo y Estrabón, para describir un mundo nórdico difusamente conocido en esa tradición por siglos y situar en él a los ancestros de sus héroes, agregando a la cosmovisión grecolatina elementos originales —la salida de los godos desde *Scandza* en el mar Océano, para iniciar una larga peregrinación que antes de

llegar a Italia hace un alto en la región danubiana, donde la misma tradición situaba a los *getae*, también feroces guerreros que a partir de ahora comienzan a ser confundidos con los *gothi*—. Elementos que acaso Jordanes haya tomado, durante el tiempo que pasó en Italia en estrecho contacto con la élite del reino ostrogodo, de historias y leyendas que circulaban oralmente en ese medio guerrero-aristocrático. La operación político-ideológica de Jordanes anticipa a las de los demás historiadores analizados, sólo que ellos incluirán a la propia *Getica* (y en un lugar invariablemente muy destacado) entre los materiales a utilizar para sus propias narraciones.

En el siguiente capítulo, el autor releva los casos de las *gentes* del continente —sajones, burgundios, longobardos, normandos, suevos, y francos carolingios— entre las que surgieron distintos historiadores, a lo largo del período entre los siglos VII y XII, que también incluyeron el tópico del origen escandinavo de sus ancestros en las *Origines gentium* que compusieron. Para el caso de los sajones continentales, Rix centra su análisis ante todo en Viduquindo, quien escribió su *Res gestae saxonicae* en el momento de auge de la dinastía de los otónidas. La función político-ideológica del texto es clara, y es la de proveer con una antigua y honorable prosapia a la *gens* que se había transformado en el núcleo de la mayor potencia cristiana de su tiempo —bajo los otones de origen sajón— ya en la primera mitad del siglo X. Viduquindo, que en su monasterio de Corvey tenía acceso a los manuscritos de muchas de las historias de los orígenes analizadas por Rix —Pablo el Diácono, Beda, el propio Jordanes— retoma para su propia construcción histórico-ideológica (cuya función es como en todos los casos estudiados la legitimación del presente) la leyenda de los orígenes en ese nebuloso mundo nórdico de los tiempos heroicos. Rix destaca el hecho de que Viduquindo utiliza, junto a elementos de la tradición literaria, elementos tomados de fuentes analísticas más o menos contemporáneas como los *Annales regni Francorum*, que relatan un acontecimiento histórico específico: la huida del *dux* pagano Viduquindo al Norte, y su alianza política con los daneses que ya entonces dominaban Escandinavia meridional. A partir de esta anécdota, Viduquindo construye un origen común para daneses y sajones —ambos pueblos del Norte— en una operación que otros autores reiterarán.

Para los burgundios, Rix pone el foco en la *Vita Sancti Sigismundi* (sobre el rey-mártir católico de ese nombre), una “hagiografía nacionalista” (p. 62) según la cual el etnónimo original de los

burgundios habría sido *Scanadavii*. El nombre contemporáneo provendría de su posterior asentamiento en burgos en época de Tiberio, según relata entre otros autores Pablo Orosio. Esta era una falsa etimología (burgundios: “gente de los burgos”) difundida en Europa del Norte ante todo a través de la lectura de Isidoro de Sevilla.

En el caso longobardo, Rix analiza tres textos, de entre los cuales la *Historia Langobardorum* compuesta por Pablo el Diácono en el siglo VIII se destaca por su perdurable influencia. En Pablo —que rastrea los orígenes de su *gens* hasta *Scadinavia* (término utilizado ya por Plinio)—, reaparece el recurso a una falsa etimología (tomada una vez más de Isidoro) que se basa en la confusión entre *germani* y *germinare*, y que hace referencia a la supuestamente extraordinaria fertilidad de los hombres nórdicos, otra de sus virtudes naturales, junto con la fuerza física y el coraje marcial, de acuerdo a la tradición clásica y su “etnografía climática” (p. 19): clima rudo, hombres vigorosos; clima suave, hombres débiles y poco combativos. Habría sido esta fertilidad entonces la que condujo a la superpoblación de sus inhóspitas tierras de origen y a una obligada salida en búsqueda de lugares más fértiles y amables donde asentarse.

Entre los francos, con el reemplazo de los merovingios por los carolingios, y sobre todo desde ca. 800, con Carlomagno y el apogeo de un *regnum* que empezaba a ser visto como una superación del antiguo orden romano, comenzó a ganar influencia, entre los círculos cortesanos e intelectuales cercanos al poder, la leyenda de los orígenes en el Norte, que hacía también de los francos, conquistadores (cristianos) de Europa, los descendientes de aquellos héroes godos del pasado. En los círculos letrados carolingios circulan y ganan prestigio y autoridad los autores de los siglos V y VI que hablan de los godos en términos elogiosos, particularmente la *Getica*. Freculfo de Lisieux, por ejemplo —uno de los ideólogos clericales del gran “imperio” cristiano—, retoma de Jordanes el tópico del origen en la *insula* de *Scandza*. Y el gran movimiento ideológico-político cultural carolingio del siglo IX no se detiene en estas construcciones narrativas, sino que adopta formas nuevas, “científicas”. Así, se identifica la comunidad y el origen común de las naciones “germánicas” del continente a través de observaciones de tipo lingüístico. Walafrido Estrabón, por ejemplo, se refiere al evidente parentesco entre los francos y los godos, quienes hablaban *nostrum, id est Theodiscum, sermonem*.

La construcción literaria de historias de los orígenes entre los normandos, aunque se produce en fecha más tardía, se desenvuelve según líneas similares a las observadas en los otros grupos. Así, en su *Libri III de moribus et actis primorum Normanniae ducum*, Dudo de San Quintín (siglo XI) construye una historia de los normandos que los conduce desde la lejana *Scanza*, en el Norte helado y pagano, hasta el glorioso presente de gran potencia político-militar cristiana. Retomando confusiones etimológicas que ya entonces tenían una larga historia (al menos desde Isidoro), los historiadores pro-normandos como Dudo o el posterior Guillermo de Jumièges (fines siglo XI) identifican a los *dani* (es decir los daneses, la *gens* nórdica de Rollo/Hrolf, el ancestro de los *duces* normandos) con los *danai* virgilianos, vinculando así a sus heroicos ancestros nórdicos con la tradición clásica, y dándoles un *pedigree* todavía más largo y frondoso.

En los siguientes capítulos (3 a 6), de acuerdo a un esquema que va de lo general a lo particular, Rix se focaliza en el ámbito anglosajón. En su reconstrucción de la genealogía de la literatura insular altomedieval (tanto latina como OE, es decir en anglosajón u *Old English*), Rix coloca en un lugar central a la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* (HE) de Beda concluida hacia 730, una historia eclesiástica en la línea de Eusebio de Cesárea. Beda combina fuentes de origen continental — que han alcanzado su patria, Northumbria, a lo largo de un proceso de “descentralización” (p. 81) del conocimiento letrado— con historias vernáculas, incluyendo sin duda relatos orales que circulaban en el mundo anglosajón de la primera mitad del siglo VIII. En los capítulos iniciales de la HE, Beda sigue en gran medida la *De excidio et conquestu Britanniae* del britano Gildas (del siglo V, es decir anterior a Jordanes), pero modifica completamente el sentido político-ideológico de aquella narración que contenía una crítica “moral” a los britanos por su falta de fibra marcial y su consecuente incapacidad para evitar la destrucción de Britania por los *ferocissimi saxones*. Pero en la historia de Beda, los invasores han pasado de ser calificados de *ferocissimi* (en relación con el tópico clásico del bárbaro feroz, *ferus*) —una cualidad negativa— a constituir un *inuincibilum exercitum*. En otras palabras, los recién llegados, aunque paganos, son descriptos bajo una luz positiva (“invencibles”): podemos ver en acción, una vez más, el tradicional tópico del vigor y las cualidades marciales de los hombres del norte.

Beda incorpora en su propia reconstrucción histórica elementos originales al explicar el origen de las tres tribus invasoras de los *saxones*, *angli* y *iutae*, procedentes de distintas regiones de *Germania* —entendida aquí ya como el mundo de la periferia nórdica europea en la tradición geográfica clásica—. Rix procura rastrear algunas de las fuentes posiblemente utilizadas por Beda y para ello retoma una fuente inestimable: la versión OE de Orosio, que incorpora relatos de viajeros que muestran un detallado conocimiento de la geografía del Báltico meridional en este período. El autor plantea que Beda pudo haber tenido contacto con mercaderes (como lo eran Wulfstan y Othhere en el Orosio OE) —frisonos, francos, escandinavos o nativos de la isla— que participaban en el extenso y bien documentado comercio que unía las costas orientales de Inglaterra con la costa frisona y franca del continente, así como con Escandinavia meridional. Así, el conocimiento geográfico recibido de los viajeros pudo servir a Beda para su construcción de la leyenda de la salida en masa de los *angli* desde una tierra que el historiador eclesiástico denomina *Angulus*, y que localiza en la base de la península de Jutlandia, adyacente a la región hoy alemana de Schleswig-Holstein —región que por entonces, como testifican los viajeros, estaba despoblada, un hecho que pudo haber disparado en la imaginación de Beda la idea de una migración masiva que dejó tras de sí una tierra vacía—. De este modo, Beda no sólo utiliza, modifica y combina los relatos históricos y legendarios provenientes de las tradiciones latina y vernácula, sino que también incluye información geográfica de primera mano, que utiliza imaginativamente para dar un mayor aire de verosimilitud a su narración.

En el siguiente capítulo Rix hace un análisis conjunto de la HE y una composición algo anterior, la *Vita Sancti Gregorii* de principios del siglo VIII, producida en el monasterio de Whitby, también (como Monkwearmouth-Jarrow, su gran rival, de donde era Beda) en Northumbria. Tanto la HE como la narración de Whitby constituyen, dice Rix, una originalidad dentro de su taxonomía de las “historias de los orígenes”: ambas son narraciones que se ocupan de lo que el autor llama una “etnogénesis cristiana” (p. 125). En este sentido, Rix afirma que la intención de los dos autores anglosajones (Beda y el anónimo de Whitby) es menos la de presentar una historia de “éxito político” que una de “éxito espiritual” —historia que culmina con la transformación de la *gens Anglorum* en la más cristiana de las naciones, con una relación especial con Roma que aparece predestinada desde los orígenes—. En ambas construcciones resulta central el recurso a una leyenda de origen incierto: la del encuentro, en un mercado romano, de un joven Gregorio (posteriormente

Gregorio Magno) con un grupo de muchachos *angli* procedentes del reino anglosajón septentrional de Deira. A partir de una similitud fonológica entre *angli* y *angeli*, ambos textos plantean la predestinación, marcada desde su propio etnónimo, de los ancestros de la *gens Anglorum* para ser salvados —y a través de misioneros venidos directamente desde Roma—. Rix observa en acción distintos tropos de la tradición literaria cristiana en las descripciones que Beda y el autor de *Whitby* hacen de los protagonistas de la anécdota: los jóvenes *angli* cuya belleza conmueve al futuro Papa e impulsor de la misión al norte son presentados como de *lucidus vultus* —es decir con rostros que poseen *lux*, cualidad propia de los santos— y descriptos con adjetivos como *albus* o *candidus* —tal como se presentan los cuerpos una vez purificados por el bautismo (como ovejas blancas) y los ángeles en el cielo—.

El capítulo final está dedicado a rastrear las vinculaciones entre la literatura anglosajona y el Norte legendario, a partir del análisis de *Beowulf* y otros textos producidos en un contexto marcado por una larga historia de relaciones directas entre Inglaterra y Escandinavia. A partir de un detallado análisis morfológico, Rix establece una relación entre los *geatas* del *Beowulf* —que conecta también con los *getae* de Jordanes— y los *iutae* de Beda, con lo que se pronuncia a favor de una identificación entre los primeros y los jutos, y no con los *gautar* del sur de Suecia, como afirman otros autores. A partir de esta identificación, Rix plantea que la elección nada casual de este etnónimo —y no otro— por el desconocido poeta anglosajón del *Beowulf* responde a un programa político-ideológico comparable al de otros autores que ha venido estudiando. En otras palabras, el que los *geatas* sean los héroes del poema obedece a una voluntad del anónimo autor —condicionado también él por su contexto histórico, signado por la creciente presencia danesa en el este de la isla, en lo que posteriormente sería conocido como el *Danelaw*— de establecer para su público una conexión con ese fabuloso mundo del norte legendario que en el poema se designa como *Scedeland*.

Entre los héroes del poema que se mueven en lo que el autor, siguiendo a Bajtín, llama “pasado absoluto” (p. 186), se cuentan personajes identificables en buena parte de la literatura anglosajona, así como en la tradición literaria nórdica. Heremod y Sigemond, por ejemplo, reaparecen en la tradición literaria ON (*Old Norse*) del ámbito escandinavo, mientras que el herrero nórdico *Weland* aparece en la traducción OE de Boecio mezclado (un héroe del mundo del norte entre los

héroes del mundo mediterráneo) con personajes míticos de la tradición clásica. En cuanto a Ingeld, sus historias circulan incluso en el medio eclesiástico insular, nos cuenta con desaprobación Alcuino hacia 790. O el héroe Scyld Scefing, antecesor del linaje danés de los *scyldingas*, que gozarán de una amplia fortuna literaria hasta al menos los tiempos de Guillermo de Malmesbury, quien habla de ellos en el siglo XII. Scyld además reaparecerá, latinizado como *Skyoldus*, en Saxo —él mismo interesado, por sus propias razones, en establecer la conexión entre los daneses y los anglosajones— dentro de la posterior tradición literaria escandinava.

Beowulf funciona además, de acuerdo con Rix, como un “compendio” (p. 187) de la tradición literaria vernácula, como aparece con claridad en el episodio del banquete en el *hall* del rey Hrothgar, donde los poetas narran las historias protagonizadas por los héroes mencionados en el párrafo anterior. En otras palabras, la composición pudo servir a un programa deliberado de preservación de una tradición literaria vernácula cuya circulación podía llegar a verse amenazada por la creciente, y a menudo excluyente, influencia de la cultura cristiana en el medio anglosajón. Para sostener esta afirmación, Rix hace una analogía con un caso mejor conocido, relacionado con la tradición literaria ON: el proclamado deseo de Snorri Sturluson, que escribe en el contexto de una Islandia del siglo XIII cada vez más sólidamente imbuida de la cultura cristiana, de preservar la tradición de poesía escáldica propia del ámbito islandés-noruego. Una forma de arte poético que no sólo el autor de la *Edda* considera de gran valor en sí misma, sino que también tiene un valor político-ideológico al constituir una producción original de los hombres del norte, que Snorri juzga necesario preservar para mostrar el carácter distintivo y único de las naciones nórdicas dentro del conjunto de las naciones cristianas. El dilema —cuáles elementos de la tradición precristiana preservar— que se presenta a los escritores nórdicos del siglo XIII como Snorri no sería según Rix diferente al que tuvo que afrontar, siglos antes, el desconocido autor del *Beowulf* y otros representantes intelectuales de la cristianizada *gens Anglorum*.

El libro de Rix cumple ampliamente su propósito, al mostrar con claridad la relación genética que existe entre todas esas historias de los orígenes, sus elementos comunes, sus similares mecanismos de elaboración. Todo lo cual nos habla de un paisaje mental en buena medida común a aquellas élites letradas del período altomedieval que imaginaron respuestas similares frente a un contexto histórico que no parecía dejar otra alternativa más que sumarse al universo de las naciones cristianas —pero preservando al mismo tiempo una identidad distintiva y original—.